

NOTAS NOTAS

LA FRONTERA

DEBRAY, Regis

Relatos. Editorial Tiempo Contemporáneo. Colección Novela. Buenos Aires. Octubre de 1968. 95 pp. Traducción de Roberto Goldschagler.

Regis Debray escribe este libro de relatos. Son dos relatos. El primero, LA FRONTERA, es el testimonio cruel de la violencia, la injusticia de la segregación racial. También es algo más: un análisis de fondo de las causas de esa violencia, una denuncia contra la sociedad de consumo que la alienta, y una toma de posición ante ella. Una toma de posición que está ligada a la conciencia siempre despierta del escritor. Una toma de posición que el lector intuye detrás de la narración violenta y directa.

Acontece en LA FRONTERA que un joven italiano va de viaje por los Estados Unidos. Va de un estado a otro y su destino es Miami donde espera ganar algún dinero con los turistas. Pero está todavía muy lejos. Encuentra de pronto a unos tipos que se ofrecen a llevarlo. Hay momentos de tensiones dentro del carro por la incomunicación que se establece entre sus ocupantes. Esa incomunicación atroz es superada al fin por los mismos dueños del automóvil. En el itinerario hay un cambio de carros. Llegan a una bomba de gasolina donde cargan y descargan camiones. Surge la presencia de los negros explotados: "Mauro, ensordecido y cegado, cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, todo el equipo de cargadores negros se dispersaba: descalzos, en blue-jeans, con una camiseta

o remera gastada fuera del pantalón. Abandonados a sí mismos, sus gorros de colores y sus enormes anteojos ahumados les daban aire de turistas. Iban en grupos de dos o tres y se acuelillaron bajo el camión que quedaba para tener un poco de sombra, mientras los otros cargaban". Es la presencia de los negros, extranjeros en su propio país.

En el camino los árboles han pasado por los ojos del europeo que ha ido viendo los avisos: "En derredor no había campo sino el sempiterno decorado artificial que no cesaba de enmarcar la ruta: carteles de propaganda, moteles, estaciones de servicio, bungalows de madera blanca...". Es la sociedad de alienación, con todos sus mecanismos, la que se pinta a través del camino.

El viaje continúa en otro carro y ya todos son amigos. Tienen sed y deciden estacionarse para tomar algo. Descienden. El europeo ignora las leyes, las desleyes que gobiernan a un país donde blancos y negros son dos cosas diferentes. Confiadamente el europeo entra al bar y se percata de pronto, ante una hostilidad que se cuele por el aire, de que ha atravesado una frontera. Una frontera invisible y apenas respirable creada por la injusticia: "Mauro se sobresaltó. Miró enrededor suyo y la camisa se le pegó a la espalda. Era el único blanco que había en el salón. Había entrado en el país negro, había violado la frontera". Es la injusticia que genera un odio justificado. Pero él desconoce que para entrar en uno u otro país, el negro o el blanco, deben mirar y leer primero y mirarse el color de su piel. "No pueden comprender que no es fácil vivir sin no-

NOTAS NOTAS

der hablar a quien uno quiere, no poder abrir una puerta sin mirar antes si arriba está escrito *Blancos solamente o Solamente gente de color*".

Debray deja todo ahí. Y es la realidad lamentable y aterradora que uno ve a diario en los periódicos. No es una invención de Debray. Es la realidad. Y a ella el preso de Camiri es fiel. Está claro en que el lenguaje crea una realidad por sí mismo, pero que detrás de cada palabra hay un signo, un algo que es dicho por la palabra, un algo que compromete a la palabra y con ella a su creador: el escritor. Y que además ese mago no puede, no debe, so pena de traicionar el tiempo que le ha tocado vivir, dejar de denunciar, desenmascarar, desacralizar. Pero todo esto con la distancia que da la ironía, el decir todo, o casi todo, dejando un margen de silencio para que el lector saque sus conclusiones.

Pero continuemos con el relato. Los compañeros de viaje del europeo son unos tipos que han matado a un negro y lo han llevado con ellos para despistar a la policía. Cuando el muchacho sale del bar, escapando del ambiente tenso, se encuentra con sus supuestos amigos. Estos lo golpean creyendo que los quería traicionar. Cuando salió creyó escapar, pero en el mundo de la alienación y el odio nadie tiene escapatoria. Lo siguen golpeando. El trata de explicar y no sabe por qué le pegan. Hay escenas de sadismo, de ensañamiento. Lo dejan tirado. Los negros desde el bar han observado todo impasibles e indiferentes. Salen cuando los otros se han ido. Comienzan a irse. Algún negro se acerca:

"— ¿Puedo hacer algo por ti — preguntó.

Mauro intentó levantarse un poco con el codó para ver quién hablaba, pero fue en vano. Se sintió pegarse a la tierra con un gusto de sal desesperado en la boca".

Los negros se van y el europeo queda tirado y solo. Este personaje es en cierto modo la inocencia, la inocencia en ese sentido de ignorancia. Desconoce las leyes y la gente. Es sin embargo un mediador entre las dos violencias. Una injusta, la otra justa. Una, la de los victimarios, y otra, la de las víctimas. Y el todo, el sistema provocando un adormecimiento en los seres que los convierte en inhumanos. El es una mediación entre la delincuencia y la desley. Dentro de todo eso sólo queda una salida. Morir. O recuperar al hombre entero y despierto. En el cuento hay esa ambigüedad porque a pesar de que el muchacho muere, muere cara al cielo. El cielo es lo último que ve y en él encuentra la inmensidad del hombre, total y uno: "Entonces con los ojos muy abiertos sonrió simplemente al cielo como a un viejo compañero de país, cuando uno ha perdido a todos los otros". Pasa una frontera, la misma que llega con la lucidez que da la muerte, la inminencia de la muerte. Una frontera que une más con el mundo, con la justicia y el amor. Y sin embargo se muere desesperado y solo, buscando a alguien a quien dar ese momento de lucidez: "Pero Mauro no lloró. Acababa de pasar una frontera también él, y sintió confusamente que jamás volvería a ella. Jamás había conocido una tal complicidad que no sabía todavía quién o qué, tal vez con las estrellas encima

NOTAS NOTAS

suyo, tal vez, con los hombres de mirada brillante, cuya presencia adivinaba en torno suyo, en lo negro sobre esa ruta, en las ciudades a lo largo de esa ruta y en los escombros, lejos de todas las rutas. Quiso sonreír a alguien, pero no había nadie junto a él...”.

La violencia del sistema por la cual muere el héroe de LA FRONTERA posiblemente sea la causa (este en planos subjetivos), que motivó alguna vez a Régis Debray a dejar el París de la Gran Cultura para irse a meter en un monte junto a aquel Duende incansable y asmático que murió en una escuela.

El mundo de la alienación está acusado con un índice en esta narración del prisionero de Camiri. La Frontera hay que derribarla.

El otro relato es UN JOVEN AL DIA.

BLAS PEROZO NAVEDA

MADERA QUEMADA

ROA BASTOS, Augusto

Relatos. Editorial Universitaria, S. A. Colección Letras de América. Santiago. Chile, 1967. 168 pp.

Un tipo viene en una carreta con su mujer. El duerme que duerme la siesta y su mujer, toda pálida y envejecida, con las comisuras de los labios rayadas grita cuando ve venir una procesión con un Cristo bamboleándose.

Ese es el comienzo del primer relato de este libro de Augusto Roa Bastos que se llama MADERA QUEMADA. Es el comienzo, el inicio, la punta del hilo que a través del libro va a cerrar un círculo para terminar en otra imagen de Cristo, no clavado sino colgado. Este primer relato se llama KURUPI y en él podemos pescar, de entre cada párrafo, saltando por encima de una manera de escribir desde afuera a un escritor para quien lo esencial es la denuncia de los atropellos y las villanías de un gobierno feudal. Así también, usando el mismo método de pesca; ese de meterse uno por detrás del silencio del que escribe y jorungar y levantar tablitas y tablitas escondidas en las palabras, en el fondo de las palabras; descubrimos que el señor Roa Bastos tiene la aplaudible intención de decir que la Iglesia es cómplice de ese gobierno feudal que subyuga al pueblo.

A través de este primer relato hay detrás una estampa religiosa. Una estampa que ha sido impuesta a los pueblos de América por el fuego del conquistador primero, y luego mantenida por los siempre interesados y nunca faltantes jueces inquisidores. Vemos así, cómo siempre el pueblo recurre a Dios, a la Virgen y a los santos sin percatarse del engaño y del elemento mediatizador que está detrás de cada estampa. Pero en Roa Bastos la cosa cambia y más de uno, no solamente no cree, sino que en un acto sagrado de venganza decide colgar al ejecutor de la infamia — Melitón Isasi — en el mismo sitio donde estuvo el Cristo que es adorado por todos. Es, ni más ni menos, que la desmitificación de la bondad del Cristo, por lo menos el de ese pueblo. Lo que ese